“Tengo un deber… acompañar al Presidente”. No lo afirmó, tan categóricamente, un político, ni siquiera un adulto, sino un niño. Este niño de siete años de edad, se llama Mauricio Jauri Rivas. Es humilde, inquieto, simpático e inteligente; cuando la maestra tiene que ausentarse del aula, Jauri Rivas se encarga de que sus compañeros no alboroten, de que continúen las tareas, porque posee el sentido de la autoridad. De manera predestinada, asiste al segundo curso de instrucción primaria en la escuela “Vasco de Quiroga”, y Tata Vasco era el amigo de los pobres como Jauri Rivas. Son cuatro los hermanos: Patricia y Lucía, que concurren a la escuela “Corregidora de Querétaro”, en la Ciudadela, una siguiendo la carrera de secretaria, otra los estudios secundarios; Carlos y Tomás, también alumnos de la “Vasco de Quiroga”, en los quinto y tercer grados de instrucción primaria. Sus padres son Carlos Jauri Álvarez y Lucía Rivas de Jauri, él, entrenador deportivo y comerciante, ella, madre de familia, nada más madre de familia, lo que significa mucho para los jóvenes y niños. La maestra de nuestro pequeño protagonista, Guillermina Olín Hernández (casada, doce años de profesión, por cuyas manos han pasado miles de niños), me dijo: “Aquí, en Tepito, donde abundan los niños sin padre y las madres con hijos de distintos padres, los Jauri forman un hogar modelo: el padre no descansa nunca, trabajando por los muchachos, y la madre está dedicada a cuidarlos. Con su pobreza laboriosa y honrada les dan un maravilloso ejemplo. Ojalá todas las familias de Tepito fueran como ellos”.

Cuando los metropolitanos hablan de Tepito, creen referirse a un barrio sombrío, casi siniestro: en realidad es un barrio alegre, porque si no lo fuese, ¿qué sería de sus habitantes? Populoso. En Tepito son practicados los más extraños oficios y los más raros comercios; con los adivinos, se codean los rateros; con los artesanos que alcanzan los extremos del refinamiento, los viciosos; con las mujeres que por las noches se aventuran a otras zonas de la urbe, las madres abandonadas, de oscuro heroísmo que van matándose lentamente en ingratas faenas, para alimentar a cinco, seis, siete hijos. Por sobre los adultos, ya escépticos, Tepito tiene algo admirable: su juventud esforzada, casi toda deportista, y que ha dado y dará campeones. En Tepito trabajan todos los jóvenes, hombres y mujeres, porque aprenden pronto que la vida es un combate implacable.

Tepito, barrio antiguo, tiene su carácter y su prosapia. Es heredero de un mercado desaparecido. “El Volador”, del que eran clientes los artesanos, los anticuarios y los escritores. Por decenios, “La Lagunilla” del viejo comercio. Los conocedores prefieren ir hasta Tepito, en busca de una pieza, de un libro. Quien crea sorprender a un vendedor de Tepito ofreciéndole un precio bajo por una monedad del II Imperio, se equivoca; los vendedores conocen su materia. Los domingos hay multitud de mexicanos y de gringos; las hermosas y empantalonadas yanquis son una delicia para los muchachos alertas del barrio, que las cortejan a veces con éxito, en inglés.

Tal es Tepito.

Cuando Tepito tuvo noticias de que el Presidente Díaz Ordaz inauguraría el Centro Social y Deportivo obra del Departamento del Distrito Federal), las gentes se entusiasmaron, especialmente las mujeres jóvenes, los jóvenes, los niños. Por primera vez, y esto quedará en su memoria, un Presidente de la República iría a su barrio, lo verían de cerca, podrían hablarle, palparlo. Esto es magnífico para un pueblo gobernado por un régimen presidencialista y que lo siente e intuye: el más alto, el que manda a todos, visitaría detenidamente a los más humildes. Nadie lo hizo antes de Díaz Ordaz. Un caballero de memoria fiel, don Agustín arroyo Ch., afirma que el Presidente Cárdenas estuvo en Tepito, no oficialmente. A Manuel Ávila Camacho, a Adolfo Ruiz Cortines, les importunaba que alguien los tocara, rehuían los abrazos. Miguel Alemán y Adolfo López Mateos tenían una barrera infranqueable y un eficaz medio de comunicación; su sonrisa, que era suficiente para los pueblos. Díaz Ordaz, sin guardaespaldas-gorilas, desciende del avión, del carro, del autobús, y se confunde con el pueblo —entendamos que la plebe es algo distinto y que no se le acerca.

Cuando Mauricio Jauri Rivas supo que el Presidente Díaz Ordaz iría a Tepito, ahí, muy cerca de su casa —un cuarto redondo en la Avenida del Trabajo 111-G—, le solicitó a su maestra Guillermina Olín Hernández, porque las autoridades educativas acertaron al no suspende clases:

* Profe, deme permiso de faltar el miércoles de la semana próxima.
* ¿A dónde quieres ir, Mauricio?
* Profe, ese día tengo un deber: acompañar al Presidente de la República, aunque sea de lejos, que viene a Tepito.
* No, Mauricio, resueltamente no. Ese día será el concurso para seleccionar al locutor para las fiestas del Día de la Madre y quiero que gane uno de mi grupo, que ganes tú.
* Profe, pero mire…
* Mauricio, ¡no!

Sin desalentarse, Mauricio insistió todas las mañanas, tropezando con firmes negativas. Hasta dar el lunes con el argumento supremo:

* Profe, si no es hoy, ¿cuándo podré ver de cerca a un Presidente de la República?

Conmovida por acento del chiquillo, que revelaba algo diferente a un capricho infantil, la profesora accedió a conceder el permiso. En toda la escuela, Mauricio Jauri Rivas fue el único en demandarlo. Quedaba por convencer a la madre. Este advirtió, cariñosa y enérgica:

* Irás conmigo, ¡y ay de ti si te me escapas!

Fue lo que hizo Mauricio Jauri Rivas, aprovechando la aglomeración cuando el autobús presidencial se detuvo frente al Centro Social y Deportivo. Deslizándose entre los funcionarios y los periodistas, Jauri Rivas se puso al lado del Presidente Díaz Ordaz. Este, en cierto momento, lo tomó de la mano, para ayudarlo a subir las escaleras. Después, durante la demostración deportiva, Jauri Rivas aparece a la derecha del Presidenre Díaz Ordaz, muy erguido, muy firme, consciente del honor alcanzado por el favorable azar, y por su tenacidad. Cuando lo refirió a los suyos, a los compañeros de la escuela, pocos lo creyeron; sólo las fotografías habían de demostrarles que Jauri Rivas no es jactancioso ni mentiroso. Por el contrario, guarda honor para sí, en el pecho.

Fui a buscarlo a la “Vasco de Quiroga”, para preguntarle:

— ¿Qué sentiste, manito, al estar junto al Presidente de la República?

Más que con los labios, sonrío con los ojos maliciosos:

— No sé explicarle, señor. Pero es algo que no olvidaré. ¡conocí de cerca al Presidente de la República!

Estábamos en el patio de la “Vasco de Quiroga”. El patio es un arenal reseco, los árboles que se disponen a perecer. Las aulas son pavorosas. Los pupitres se acercan a la ruina. ¿Cómo es posible que ahí puedan estudiar, trabajar y formarse miles de niños en Tepito, si la “Vasco de Quiroga” está abandonada, mientras en otros barrios se alzan bellas escuelas? Reconozco que las maestras son valientes; aunque me agrada enseñar lo poco que sé, no permanecería ni unas horas en una de las aulas de la “Vasco de Quiroga”. Todas las maestras lo son por apasionada vocación. La directora, Eloísa Carrillo, que rehúye a los fotógrafos, que viste con elegancia, es viuda, con un hijo de veintiséis años; podría jubilarse porque cuenta con treinta años de servicio pero, ¿qué haría lejos de su escuela, inactiva? Cuando inquirí con la profesora de Jauri Rivas por qué no gestionaba su cambio a otra escuela, me replicó, como interrogándose a sí misma: “¿No se sentiría usted mal lejos de sus muchachos? Y mis muchachos están aquí, en Tepito. Hay mucho por hacer y me arrepentiría si los abandonase”.

La maestra Olín Hernández me explicó que Mauricio Jauri Rivas sería el primero de su grupo su no fuese tan inquieto y distraído; tofo lo asimila con rapidez, como es el caso de los niños mestizos; sus compañeros lo siguen, lo obedecer; es niño educado en el respeto de sus padres, a los hermanos mayores, y ahí, en Tepito, en el respeto a lo ajeno, en la honradez. El padre es maestro de natación y comerciante menos; recorre la ciudad, en fatigosas caminatas, comprando ropa usada que revende en el mercado de Tepito. Las hijas, Patricia y Lucía, están educadas en el decoro; solas, una en las mañanas, otra en las tardes, se trasladas desde Tepito a La Ciudadela, sin que nadie las vigile. Esto lo saben todos los vecinos, que considera a los Jauri.

Así pues, Tepito no esconde sus prendas, ni siquiera las disimula; lo que acontece es que nadie se acerca a buscarlas, por pereza y porque los detiene una fama injusta. Este miércoles alguien aconsejó, dentro del autobús presidencial: “Si van a bajar, ¡dejen sus carteras!”. Confieso que no lo hice y que tampoco me detuve mucho en las obras inauguradas; me dediqué a observar cómo evolucionaba, entre el pueblo, el Presidente Díaz Ordaz. Fundamentalmente, el Presidente Díaz Ordaz es alegre, cordial, conversador, y si le agrada que lo escuchen, también sabe oír. No le cansan las largas marchas: recorrió los túneles del Metro, los mercados, las escuelas, los centros deportivos, animoso y estimulante. En ocasiones es irónico, hasta sarcástico. Al concluir el recorrido —de las ocho de la mañana a las tres de la tarde— entendí lo que me expresó en una ocasión, y que no fue queja sino sencilla constatación: “Cada día como menos, cada día duermo menos, cada día me divierto menos…”. Las responsabilidades del poder lo cansan pero no lo doblegan. Entrega su confianza, pero permanece siempre vigilante, atento a los menores detalles. Una ocasión, durante un acuerdo, le sucedió levantarse, mientras su interlocutor permanecía sentado, y recorrer su despacho, reflexionando, para concluir: “Esto no es correcto. X… quiere dañar a Z…”. Vela pues por los colaboradores y amigos leales. Le enoja el engaño, el abuso de confianza. Aspira a una jerarquización de las funciones del Estado Mexicano, para que al Presidente de la República sólo le lleguen los problemas superiores; el sistema presidencialista todavía no permite esa jerarquización, que sería provechosa para México.

Prefiere la verdad, por dura que sea.

Le develan tres problemas: el agrario, el económico, el de las relaciones exteriores de México, sobre todo con los Estados Unidos de Norteamérica. Sin duda debe serle difícil cada reunión con Johnson, texano que tiene la habilidad del político, no la firmezadel estadista, mientras Díaz Ordaz se educó e instruyó en las ciudades mexicanas de alta cultura: Puebla, Oaxaca, Guadalajara.

Si alguien me preguntara sobre cómo hay que dirigirse al Presidente Díaz Ordaz, le sugeriría: “Hablándole clara y brevementey mirándolo directamente a los ojos. El que pretenda engañarlo, perecerá”.